

## Lección inaugural<sup>1</sup>

Me resulta demasiado difícil y desafiante calificar de lección magistral este conjunto de apreciaciones dispersas y citas de primeros auxilios oratorios que en esta noche comprometen mi tiempo, como el de ustedes y el del país acosado por incertidumbres. Vivimos días que parecen unir dramáticamente presente y futuro, oscilantes entre el temor y la esperanza.

Además, pese al ejercicio de la docencia durante casi treinta años, no soy dado a las lecciones, llámense inaugurales o magistrales, ni nunca se me había solicitado tal aventura, en este caso aceptada con gusto porque se trata de especialísimo acto celebratorio. Me convocan dos grandes de la literatura, uno ya desaparecido, otro aquí presente, compañero de ruta política que a ambos nos condujo a un callejón sin salida. Y también, por si fuera poco de ruta literaria que a él lo llevó a la consagración, palabra que no sonará a sus oídos como elogio, esquivo como es a homenajes, y a mí a francotirador del periodismo.

Como excusa de lo que diré a saltos, muy lejos de una lección magistral, he de acudir a lo que el mismísimo Rafael Cadenas alegó, cuando algo parecido, en homenaje a Acosta Bello le fue solicitado. Inició así Cadenas sus palabras:

El texto que voy a leer fue anunciado como conferencia magistral, lo que me parece excesivo. A decir verdad, yo no sé qué es eso y no poseo dotes de

---

<sup>1</sup> Sanoja Hernández, Jesús. Coloquio Latinoamericano de Literatura José Rafael Pocaterra, VI y VII edición. Universidad de Carabobo. Valencia-Venezuela.

conferencista. Tampoco he dado nunca una lección magistral. Además fui muy amigo de Arnaldo y lo quise mucho para inferirle una conferencia como la que promete semejante denominación.

Pero en semejante trance estoy, para colmo, no tengo escapatoria. Y puesto entre dos fuegos que no se apagan, comenzaré por Alfredo Armas Alfonzo, aquel que no pocas veces firmaba con las iniciales AAA, aún antes de erigirse en triple A de la narrativa y de la crónica.

Mi primer encuentro con Armas Alfonzo fue, para decirlo con palabra de moda: virtual. Leí yo, en agosto de 1949 en la Cárcel Modelo de Propatria, un cuento suyo cuyo título pasaría más tarde a un libro de merecida fama: *Los cielos de la muerte*, publicado en *El Nacional*, no casualmente, pues había obtenido el segundo premio en el cuarto concurso de cuentos instituido por ese diario.

Causó en mí honda impresión y como entonces yo escribía en *Tribuna Popular* la sección dominical “Espejo semanal” decidí incluir entre los sucesos importantes, un comentario sobre el cuento premiado. Entre esa y otras colaboraciones, no en textos mecanografiados, sino en manuscritos que luego transcribirían en la redacción del diario.

Pasó el tiempo y el concurso de cuentos de El Nacional, del que se dijo que había creado un “estilo”, fue constituyéndose para Armas Alfonzo en coto de caza. Así, en 1950, un año después obtuvo el tercer premio con *La cresta de cangrejo* y luego, en 1951, el segundo con *Santo de cabecera*, y en 1954 el primero con *El único ojo de la noche*, otorgado éste por jurados de tanta categoría como Arturo Usler

Pietri, Mariano Picón Salas y mi ex profesor de literatura en el Liceo Fermín Toro, el ecuatoriano Alfonso Cuesta y Cuesta, excelente amigo de sus alumnos a un punto tal que con ellos compartía ratos de bohemia y secretos de la literatura. Si Cuesta y Cuesta figuró en el jurado se debió a que en el año anterior, 1953, había ganado el certamen con el cuento *El caballero*, al cual más tarde calificué de premio justo pero azaroso, pues Cuesta y Cuesta había sido asiduo concursante, sin éxito hasta entonces y nos advertía cada vez que fracasaba: “No importa: los concursos son como la lotería y ya llegará el momento en que pegaré el primer premio”.

Al igual que *Los cielos de la muerte*, *La cresta del cangrejo* sirvió a Armas Alfonzo como título de su segundo libro, impreso en Buenos Aires, 1951, y a la vez de pretexto para revelar los secretos de su narrativa. “Si es que hay que reconocer influencias” decía “éstas no serían otras que las del pueblo venezolano. Ningún otro como él para contar cuentos”. Sólo que él los llamaba “cachos”. Y, como para entroncarse en el árbol familiar que le dio sombra para él luminosa, nombró otra voz mediadora en el arte de narrar, su abuela Mamachía, “quien contara los mejores cuentos que yo he oído”, incluido el de *Los cielos de la muerte*.

Años después insistiría en el punto, al recibir el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Oriente. La Mamachía (Lucía Rojas Serpa) narradora, testigo de guerras y desastres, lo ayudaría entonces a penetrar en los túneles de la narración oral y del redescubrimiento del pasado:

“Yo sé que he estado oyendo las voces de mis muertos, de mis campesinos que las guerras civiles acabaron, como arrancó y dobló el maíz la crecida, de los destinos rurales sin reforma agraria, los soldados de Zenón Marapacuto. Los héroes y anti héroes de mi abuelo, el comandante Ricardo Alfonzo, esos diezmados ejércitos que estuvieron tremolando una bandera tricolor (...) Yo no los inventé, ni les inventé la calumnia de irlos a buscar en las trincheras cegadas de Unare, Guede, Guanare o Uchire donde ya eran cal y remota ilusión (...) Cuando Mamachía se sentaba sobre su regazo en aquellas últimas tardes de ella; de reseda, malabar y mandarina, “ella en su hamaca, el nieto descubriendo el paraíso demasiado temprano extinguido, las legiones de combatientes armados de lanzas de palma de píritu o varejores de guatacare (como le dicen acá al guatacaro de allá), ya llevaban tiempo sentados en el suelo sobre el ladrillo de Guara alrededor de esa mujer hecha con pedazos de panela aliñada. Esperándome a mí, digo yo”.

Pero antes de seguir escalando en la cuentística de nuestro “Triple A”, dese referirme a los días de *Élite*, donde desplegó habilidades de cronista, y no sólo de pueblos como los de Oriente sino de Caracas. Y por razones explicables, entre ellas el peligro de abundar en anécdotas pasaré por encima de sus responsabilidades en las revistas *Figuras*, *Nosotros* y *El Farol*.

En un viejo cuaderno, compañero de otros más viejos aún, guardo apuntes de algunas de las estampas y esbozos de Armas Alfonzo en *Élite*, revista fundada a mitad de los años veinte, cuando el gomecismo ya estaba consolidado, y que extrañamente fue, en buena medida, vocero de la vanguardia literaria, tanto de la

1928, como la del subgrupo de 1930, por algunos calificado precisamente como la “generación Élite”. Así consignó Arturo Croce la duplicidad: “para muchos de nosotros el 28 literario es Élite, definitivamente. La revista de Guruceaga que ha dirigido Carrasquel y Valverde sirve de vehículo”. Y tras enumerar a los integrantes del año 28, añadió: “Y Arturo Croce, aun cuando Fabián Ruiz diga que soy colofón del 30, año del cual parten él y otros”.

Entre 1945 y 1946, por ejemplo, Armas Alfonzo publicó allí muchas crónicas urbanas como “La ceiba de San Francisco”, “Caracas nocturna”, “Librerías callejeras”, “Parque El Calvario”, “Blanquita Amaro en Caracas”, “Los trabajadores sociales”, “Sandra, niña y artista”, y algunos “recuerdos de provincia”, antesala de su obsesión por los pueblos, especialmente los orientales, valga el caso de Puerto La Cruz con su irrupción petrolera y como idea fija, luego contaminante de su narrativa, los extendidos a lo largo y ancho de la cuenca de Unare, entre los cuales merecen mencionarse “Clarines, pueblo camino” y “Cosas de la Semana Santa en Clarines”.

Aparecieron en *Élite*, asimismo algunos de sus cuentos de principiante (*Malicia*, *El viento no se la paga*, y *Ahora ni siquiera el camino* y antes que ningún otro, *El borracho* con dedicatoria a Antonio Arráiz y Juan Liscano en la cual advertía que aquel era “su primer ensayo de cuento”. Excelente inicio de Armas Alfonzo en *Élite*, adonde había llegado por recomendación de Alberto Ravell y en donde se asentaría bajo la mirada (“con el único ojo suyo”, anotaría después) de Guillermo Meneses.

En el excelente estudio de Domingo Miliani, prólogo de *El osario de Dios* y otros textos (Biblioteca Ayacucho) se citan párrafos de “unas notas curriculares inéditas” de Armas Alfonzo donde éste confiesa que en realidad, su primer cuento, escrito a los 18 años, fue publicado en la página infantil de *La Religión*. Según Miliani, en “El borracho” despuntaba la capacidad de sugerir situaciones a través de indicios, propia del arte de contar de Armas Alfonzo: “La escritura de frases cortadas y reiterativas -anota el crítico- aún no decía la voz narradora al personaje. El monólogo interior ostentaba destreza. Soportaba alguna enumeración caótica y buscaba ponerse al día en el uso del fluir psíquico”.

Un segundo encuentro vital sostuve con Armas Alfonzo a fines de los años 60, si la memoria me es fiel. Estaba él al frente de la Dirección de Cultura de la UDO y con él trabajaba el poeta Arnaldo Acosta Bello, quien me enviaba los materiales editados y me asediaba para que colaborara con el que me viniera en ganas. Cierta día emocionado yo por la sección “Granizada” que Ramos Sucre había publicado a saltos entre 1925 y 1929, transmití a Cumaná, con emoción indesbordable, la decisión de reunir esas sentencias, aforismos o pensamientos o lo que fuera y editar textos que llevaría comentarios míos acerca del movimiento literario de la época y aquello que algunos llaman “el contexto”. La respuesta vino de inmediato: ¡hazlo...y ya! Pero, enterado por Fabián Ruiz de cómo Rafael Ángel Insausti se me había adelantado con la recopilación “Los aires del presagio”, renuncié al proyecto y Armas Alfonzo renunció a su emoción. Tres de estas “granizadas” entrarían, por otra vía y gracias a la profundidad de la poética y la investigación de Cadenas, a lo mejor de lo que se

haya escrito entre nosotros acerca de la gramática, idioma y lenguaje. Hélas aquí: “La gramática sirve para justificar las sinrazones del lenguaje; no hay palabras castizas” y “Un idioma es el universo traducido a ese idioma”.

El tercer y cuarto encuentro fueron reales. Convivimos parte de los años 70 en *El Nacional*, al cual él había retornado y en el cual yo me había ido desplegando a través, la más de las veces, de seudónimos, con uno de los cuales, Edgard Hamilton, y en la sección “Almacén de antigüedades” busqué adentrarme en ese pasado literario venezolano que frecuentó los “ismos”, reveló valores e influyó en generaciones y grupos. Armas Alfonzo se movía inquieto por la redacción y de él se contaban sus aficiones por el arte popular, los santos, los objetos perdidos en alguna casa o pueblo, las muestras insólitas de la memoria colectiva. “Si visitas alguna vez un refugio de Armas Alfonzo” me decía alguien, “no va a encontrar por donde caminar”.

A la muerte de Renny Ottolina publiqué en *El Nacional* una página completa en la cual intenté fijar cómo el *showman* se había convertido en comunicador con dominio de la llamada opinión pública y, además, en candidato presidencial. Armas Alfonzo consideró elogiosa mi interpretación o por lo menos justificadora del papel de Ottolina y así me lo hizo ver en un “¿y tú también?”. Cuando en verdad aquello había sido un intento de describir la figura del hábil manipulador y de la influencia del medio televisivo en la creación de imágenes.

Más tarde, con fecha imprecisa en la memoria, pero en todo caso a fines de los ochenta, fue el segundo encuentro real, allá en Cumaná, signado entonces por la

innecesaria polémica en torno a dos hijos preclaros (Andrés Eloy Blanco y José Antonio Ramos Sucre), pero, que en tal ocasión, por fortuna no contaminó el homenaje que a él se le rendía. Días aquellos de inolvidables intercambios, con intervenciones igualmente difíciles de olvidar. En un papel llevé, entre mis premuras de siempre, impuestas por el doble ejercicio de la docencia y el periodismo, las anotaciones acerca de su narrativa, con signos y claves que consideraba integrante de su código, como el mundo familiar, el lenguaje rápido, los mensajes del pasado, las guerras civiles, el peso de lo religioso y la superstición, los personajes testigos y la obsesión regional expresada en la mitificación de la “cuenca de Unare”, por cierto extendida al noreste de Guárico, a la zona costera de Anzoátegui que enlaza con Sucre y, desde luego, con Sucre mismo y su centro primogénito, Cumaná. Comparé entonces la “cuenca de Unare” y sus extensiones, esa zona vivida y revivida, poblada de seres reales e imaginarios, con el condado de las novelas de Faulkner y con el Macondo garciamarquiano, el mismo donde moriría, en Aracataca como centro, nuestro Romero-García, especie de Aureliano Buendía venezolano.

La pasión narrativa de Armas Alfonzo no cesó nunca, libro tras otro, algunas veces traspasando personajes y sucesos, como si fueran alimentos intertextuales de una saga interminable, siempre retornando al punto de donde salieron, siempre castigados por la oralidad y el rompecabezas de la memoria, siempre moviéndose en un círculo de aparecidos y reaparecidos.

Además del estudio de Miliani, el de Julio Miranda constituye excelente material para entender el mundo narrativo de Armas Alfonzo. En la edición crítica e

introducción de *El osario de Dios*, Miranda anota cinco características: 1. La naturaleza como polaridad (p.e. lluvia inclemente y sequia abrasadora); 2. Personajes excesivos, que enloquecen con frecuencia; 3. Erotismo poderoso, turbio, asociado a la transgresión y a la muerte; 4. Registro crítico de lo religioso, y 5. La violencia, expresada casi siempre a través de “las guerras civiles”.

Por su parte y a propósito de *El osario de Dios*, Miliani centra su interés en el minicuento, estableciendo sus antecedentes (poemas en prosa de Baudelaire, algunas páginas de Wilde y de Bierce y, entre los latinoamericanos Avilés Fabila, Monterroso) para luego sostener que “hoy está fuera de discusión el que Alfredo Armas Alfonzo es uno de los mayores artífices del minicuento en Venezuela”. En un primer momento fue mal comprendido por algunos lectores y críticos, cuando desbordó la inmensa carga innovadora de su libro *El osario de Dios* (1969), cuya lectura sigue gestando interpretaciones.

Y agrega Miliani que con este libro Armas Alfonzo abrió una segunda etapa, a su juicio la más original y sólida de su obra, que “se proyecta en *Cien máuseres, ninguna muerte y una sola amapola* (1975), adquiere tintes de retorno al poema en prosa en *Angelaciones* (1979) y culmina con *Los desiertos del ángel* (1990)”.

Alguien me contaba, casi seguramente el periodista Alberto Jordán Hernández, que el título *El osario de Dios* había surgido cuando ambos, un día de los muertos, en recorrido por cierto cementerio, no recuerdo si en Barcelona o en

Clarines, veían inscripciones en las tumbas. De pronto Armas Alfonzo exclamó: “Ya encontré un título para el libro. Será *El osario de Dios*”.

Por respeto al doble compromiso adquirido y, desde luego, a la paciencia de ustedes, pasaré ahora a decir unas cuantas palabras acerca de Rafael Cadenas y su poesía, dejando a un lado las que resultarían inacabables referencias a la vida y obra de Armas Alfonzo. Me atengo, y a él los remito, al apretado y, sin embargo, exhaustivo resumen que Horacio Jorge Becco escribió para el volumen 201 de la Biblioteca Ayacucho.